MANUEL FERNANDEZ DE LA PUENTE

LA MECANÓGRAFA

Opereta en dos actos, original y en prosa. Música del maestro

PABLO LUNA

Estrenada en el Teatro del Centro (Odeón) de Madrid, el día 7 de Mayo de 1919.

MADRID
EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6
1919

LA MECANÓGRAFA

MANUEL FERNANDEZ DE LA PUENTE

LA MECANÓGRAFA

Opereta en dos actos, original y en prosa. Música del maestro

PABLO LUNA

Estrenada en el Teatro del Centro (Odeón) de Madrid, el día 7 de Mayo de 1919.

MADRID
EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6
1919

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid

A RAMÓN PEÑA

actor excelentísimo y director de escena insuperable, sus agradecidos amigos

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUISA	Srta. Nadal.
LA CONDESA	„ Molina.
MOLLY	„ Fons.
KETTY	„ Gandía.
CHERRY	„ Aréjula.
UNA DANZARINA	„ García.
NICOLÁS	Sr. Uliverri.
PEDRO	„ Peña.
EL CONDE KOLUSKY	„ Ballester.
MÍSTER DORRIKLAM	„ Guillot.
JORGE	„ Gandía.
EDUARDO	„ Pardo.
OBRERO 1.°	„ Viñegla.
OBRERO 2.°	„ Romero (M).
UN DANZARÍN	„ Peña (M).

Obreros y obreras de Pensilvania y hombres y mujeres de la colonia Sauriense.

La acción en Pensilvania, época actual.
Derecha é izquierda del actor.

ACTO PRIMERO

La escena representa una habitación de cinco lados, de un color gris perla uniforme. La pared del foro es la más ancha; en ella habrá, á conveniente altura, seis ú ocho cuadros de marcos iguales con estampas ó fotografías de modelos de máquinas, dínamos, acumuladores eléctricos, etc., etc. Las laterales del primer término, algo más pequeñas que la pared del foro y ambas de iguales dimensiones; en la de la derecha, una estantería con libros, carpetas de dibujo y clasificadores de cartas y de documentos; en la de la izquierda, una puerta de cristales que se supone da paso á habitaciones interiores. En el chaflán de la derecha, una puerta grande de madera que, al abrirse, deja ver el rellano de una escalera y un ascensor. En el chaflán de la izquierda, un ventanal de cristales, con visillos y un estor echado, que subirá á su debido tiempo, dejando ver las distintas edificaciones y chimeneas de una gran fábrica de maquinaria eléctrica. Delante del ventanal, perpendicular á él y en segundo término, una mesa alta de dibujo, y en primer término, y frente por frente á ésta, una mesita con máquina de escribir: ante cada una, su asiento correspondiente. Al foro, otra mesa ó tablero alto y grande, sobre el que habrá una pequeña dínamo, un acumulador, un motor, etc., etc., pequeños modelos de ingeniería, algunos de ellos con flexibles para enchu-

far en un cuadro de distribución de energía eléctrica que habrá en la pared del foro. En primer término derecha, una mesita volante: sobre ella, una tetera eléctrica y servicio completo de té para dos personas; una silla á cada lado de esta mesa. Pendiente del techo, y perpendicular al centro de la mesa de dibujo, una lámpara eléctrica esmerilada, con pantalla reflector. Sobre la mesa de la máquina de escribir un aparato pequeño de luz con flexible, que enchufará en la pared cercana (chaflán izquierdo). También en el chaflán izquierdo estará la llave de la otra luz. Ambas luces aparecen encendidas al levantarse el telón. Donde sea posible, la decoración deberá tener techo y alfombra figurando piso de madera. Un teléfono sobre la mesa del foro.

ESCENA PRIMERA

LUISA, sentada ante la máquina de escribir, de espalda al público y frente por frente á NICOLÁS, que estará sentado en un taburete alto ante la mesa de dibujo, sobre la que apoyará brazos y cabeza.

MÚSICA

LUISA. Ya no dicta: se ha dormido.
El trabajo le ha rendido:
le ha rendido á su pesar.
(Se levanta.)
Ahora yo puedo mirarle,
á mis anchas contemplarle
sin que llegue á sospechar.
Aunque mucho es su talento,

este afán que por él siento
no ha sabido ver en mí.
No ha leído en mi mirada
que de él vivo enamorada
desde el día que le vi.

(Va amaneciendo.)

Él es mi amor:
amor nunca sentido.
Él hizo despertar
mi corazón dormido.
Por él he de lograr
el bien apetecido.
¡Él es mi amor!

NICOLÁS. *(Soñando.)* ¡No me deslumbran los honores!
¡Yo rey de Sauria, no, jamás!
¡Huid, huid, viles sicarios!

LUISA. ¡Soñando está!

NICOLÁS. ¡Esa corona que me ofrecen,
nunca á mi frente ceñiré!

LUISA. Sueña con tronos y grandezas.

NICOLÁS. ¡No reinaré!

LUISA. Pobre esclava ser quisiera
como él fuera mi Señor:
vivir siempre al lado suyo,
á su arrullo y su calor.
Pues tan grande es la pasión que por él siento,
tal mi amor,
que en su ausencia moriría de dolor.

(Campana dentro.)

Ya despunta la mañana

y la voz de la campana
nos invita á trabajar.

NICOLÁS. *(Despertando.)*
Eh! ¿qué es esto? ¿Ya de día
ó es que sueño todavía?

LUISA. Acabáis de despertar. *(Apaga la luz.)*

CORO. *(Dentro.)*
La vida es una lucha, no un placer;
preciso es trabajar.
Tan sólo aquel que cumple su deber
es digno de triunfar.
Sigamos, pues, luchando con ardor
ansiosos de vivir.
Y siempre por los fueros del honor
dispuestos á morir.

(Al empezar el canto anterior, sube Nicolás el estor y se inunda la escena de luz.)

HABLADO, durante el canto anterior.

NICOLÁS.—Los obreros, que entran en la fábrica.

LUISA.—Y como siempre, entonando el canto al trabajo. ¿Qué hermoso ¿es, verdad?

NICOLÁS.—Muy hermoso.
La vida es una lucha, no un placer.

LUISA. Preciso es trabajar.

NICOLÁS. Tan sólo aquel que cumple su deber
es digno de triunfar.

LUISA. Sigamos, pues, luchando con ardor

ansiosos de vivir.
Los dos. ¡Y siempre por los fueros del honor
dispuestos á morir.

HABLADO

Nicolás.—Váyase á descansar, Luisa, y perdóneme por haberla hecho pasar una mala noche.

Luisa.—No hice más que cumplir con mi obligación.

Nicolás.—No es obligación trabajar á horas extraordinarias.

Luisa.—Para eso me las abona la casa; y si viera el señor Ingeniero qué bien vienen al cabo del mes, unos dólares que no se esperan...

Nicolás.—¿Tendréis poco sueldo, verdad?

Luisa.—No puedo quejarme; pero como de él hemos de vivir mi madre, mis dos hermanitas y yo...

Nicolás.—¿No estuvo vuestro padre veinticinco años al servicio de una fábrica?

Luisa.—Sí, señor; allá en nuestro país.

Nicolás.—¿Y no os quedó pensión alguna á su muerte?

Luisa.—Como no murió de accidente del trabajo...

Nicolás.—Sí, sí; pero un servidor del Estado no necesita morir de accidente del trabajo, para

que á los veinticinco años de servicios le quede pensión á la viuda ó á los hijos menores.

LUISA.—Los obreros no son servidores del Estado.

NICOLÁS.—Servidores del Estado somos todos los que á su prosperidad contribuímos. Pero en el caso de vuestro padre, es el patrono el que debía amparar á la viuda y á los hijos de quien contribuyó á su engrandecimiento.

LUISA.—¡Lástima que no queráis aceptar el trono que os ofrecen!

NICOLÁS.—¡Cómo! *(Alarmado.)*

LUISA.—Haríais un rey ideal.

NICOLÁS.—¿Os burláis de mí, señorita?

LUISA.—Dios me libre.

NICOLÁS. — ¿Quién, entonces, ha podido deciros...?

LUISA.—Vos mismo.

NICOLÁS.—¿Yo?...

LUISA.—Hace poco, soñábais que os ofrecían la corona de Sauria.

NICOLÁS.—Se sueñan tantos disparates...

LUISA.—Y vos, empeñado en rehusarla.

NICOLÁS.—Tiene gracia.

LUISA.—Y después de todo, hacíais perfectamente, porque... la verdad, no tenéis condiciones de rey.

NICOLÁS.—¿Eso creéis?

LUISA.—Sois republicano de corazón.

NICOLÁS.—Demócrata, sí.

LUISA.—Enemigo de la tiranía y de los privilegios.

NICOLÁS.—De todo género de privilegios y de tiranías.

LUISA.—Y amigo del obrero.

NICOLÁS.—De quien cumple con su deber, sea quien sea.

LUISA.—¿Y es posible ser rey con esas ideas?

NICOLÁS.—Sin duda alguna.

LUISA.—Si vos lo afirmáis... Pero me parece que un rey así, duraría muy poco en el trono.

NICOLÁS.—¿Por qué razón?

LUISA.—Porque no es ese el ideal de los que viven á la sombra de una corona. Sus mismos partidarios le destronarían.

NICOLÁS.—Puede que no os equivoquéis. Pero el tiempo pasa, y vuestra madre estará con cuidado.

LUISA.—Ya le previne que velaríamos toda la noche. ¿Cuándo he de volver?

NICOLÁS.—Lo antes posible: esta misma tarde debe quedar presentada la memoria en el registro de patentes.

LUISA.—Dentro de una hora me tendréis aquí.

NICOLÁS.—Si no se tratase de un asunto tan delicado y que requiere el más absoluto secreto, me serviría de otra mecanógrafa para terminarlo.

LUISA.—De ninguna manera. ¡Pues no faltaría más que asociaseis otra persona á vuestro

invento! Pequeña es la gloria que en él pueda corresponderme, pero la quiero entera para mí.

Nicolás.—Gracias, Luisa.

Luisa.—Gracias á vos que me elegisteis entre tantas, señor Ingeniero.

Nicolás.—Al fin y al cabo erais compatriota.

Luisa.—Hasta luego.

Nicolas.—Hasta luego, pues.

ESCENA II

Dichos y PEDRO por la derecha, de frac y con dos paquetitos en la mano.

Pedro.—¡La vida es una lucha, no un placer! ¡Calle! ¿Pero no se trabaja hoy, señorita Luisa?

Luisa.—Acabamos de dejarlo ahora mismo.

Pedro.—¿Habéis velado toda la noche?

Luisa.—Sí.

Pedro.—¿Y el señor Ingeniero también?

Nicolas.—¡Claro!

Pedro.—¡Trágame, tierra!

Luisa.—¿Pero, qué os pasa?

Nicolas.—¿Qué te ocurre?

Pedro.—¡Él trabajando por los dos y yo divirtiéndome!

Nicolas.—¿También por los dos?

Pedro.—Sin duda alguna.

Nicolas.—Pues estamos en paz. *(Haciéndole señas de que calle.)*

Pedro.—Hombre... no había caído yo en ello.

Luisa.—Entre hermanos no tienen esas cosas importancia.

Pedro.—Justo, entre hermanos...

Nicolas.—Váyase, Luisa.

Luisa.—Hasta después.

Pedro.—¿Quiere la señorita mecanógrafa desayunarse con nosotros?

Luisa.—Gracias.

Pedro.—Traigo unos pastelitos y unos fiambres...

Luisa.—Que aprovechen.

Pedro.—Se procurará. *(Se va Luisa por la derecha.)*

ESCENA III

NICOLÁS y PEDRO

Nicolas.—Eres un imprudente, Pedro.

Pedro.—¡Perdón, señor! *(Arrodillándose.)*

Nicolas.—¡A que vas á acabar por incomodarme!

Pedro.—¡Pégueme, pégueme Vuestra Alteza!

Nicolas.—¡Y dale!

Pedro.—Bueno, le apearé á tu Alteza el tratamiento, pero pégame que lo tengo muy merecido. ¡El amo trabajando, y el criado divirtiéndose!

NICOLÁS.—¿Cuántas veces tengo que decirte que aquí no hay amo ni criado?

PEDRO.—Está bien, hermanito.

NICOLAS.—Así me gusta.

PEDRO.—¡Y qué hermano el que me ha deparado la divina Providencia!

NICOLAS.—Vaya, vaya, á desayunarnos.

PEDRO.—En este país da gusto vivir: todo se hace por la electricidad. *(Enchufando la tetera. Nicolás deslía los paquetes que trajo Pedro y dejó sobre la mesita de la derecha. Pedro continúa preparando el té.)*

NICOLAS.—Pues no has traído tú aquí pocas cosas.

PEDRO.—Más merece mi hermanito.

NICOLAS.—Adulador. *(Se sientan.)*

PEDRO.—Sí, sí, adulador... En ese caso lo serían todos en la fábrica. ¡Cómo hablan de ti los obreros, y cómo te quieren! ¿Pues y el dueño, el rey del flexible? Loco está con ese nuevo acumulador que has inventado, y que según dicen va á hacerle más archimillonario de lo que es.

NICOLAS.—No diría yo que no. *(Comen.)*

PEDRO.—Oye: nos subirá el sueldo.

NICOLAS.—¿A ti también?

PEDRO.—De algo me ha de valer ser *hermano* tuyo.

NICOLAS.—Por creerte hermano mío te ha hecho inspector de trabajos.

PEDRO.—Que es lo único que podía hacerme

porque para otra cosa, francamente, no sirvo.

NICOLAS.—Si hubieras querido estudiar...

PEDRO.—No me llamaba Dios por ese camino. En cambio, á ver si hay quien me gane al tiro de pichón; á guiar un auto y un balandro; á jugar el *fut-bol*, el *tennis*...

NICOLAS.—A rendir corazones...

PEDRO.—¡No hagas que me ruborice!

NICOLAS.—¿Cuántas conquistas llevas hechas en este país?

PEDRO.—Te diré: fáciles, varias; difíciles, ni una siquiera.

NICOLAS.—¿Está al caer, verdad?

PEDRO.—¿Cómo?

NICOLAS.—¿Crees que no he notado tu flirteo con la hija del rey del flexible, como tú llamas á Míster Dorriklam?

PEDRO.—¿Con Molly?

NICOLAS.—Sí, con Manolita.

PEDRO.—Una divinidad de criatura; pero completamente loca.

NICOLAS.—Un excelente partido.

PEDRO.—Imposible para ninguno de los dos.

NICOLAS.—¿Tal crees?

PEDRO.—Para ti, es poco; para mí, es mucho.

NICOLAS.—Pues ella no te mira con malos ojos.

PEDRO.—Porque la divierto.

ESCENA IV

Dichos; seis ú ocho OBREROS.

(Se oye dentro un rumor grande y Pedro va á ver qué lo motiva.)

NICOLÁS.—Eh, ¿qué ruido es ese?

PEDRO.—Voy á ver.

NICOLAS.—¿Qué ocurrirá?

PEDRO.—Una comisión de obreros.

OBRERO 1.º—¿Da el señor Ingeniero su permiso?

NICOLAS.—Adelante, amigos míos.

OBRERO 1.º—Con permiso. Pasad todos.

NICOLAS.—¿Qué sucede?

OBRERO 1.º—Pues sucede que acaba de morir un compañero, dejando en el mayor desamparo á la viuda y á una cáfila de chiquillos.

NICOLAS.—¿Y queréis que yo inicie una suscripción en favor de ellos?

OBRERO 2.º—Algo de eso hay, pero no es eso todo.

NICOLAS.—Continuad, pues.

OBRERO 1.º—Hemos acudido á la Administración y allí se limitan á dar un pequeño socorro para los gastos del entierro, y bien está que se entierre á los muertos, pero también es justo que coman los vivos.

Pedro.—Como que si no comiéramos, no viviríamos.

Obrero 2.º—Y más justo aún, que sean los patronos y no nosotros, quienes atiendan á esos pobres huérfanos.

Nicolas.—Conformes.

Obrero 1.º—Y como quiera que no es la primera vez que se presenta un caso como éste...

Obrero 2.º—Ni será la última, por desgracia...

Obrero 1.º—Venimos á rogar al señor Ingeniero que, en nombre de todos los obreros de la fábrica, reclame de los patronos pensiones para las viudas y los huérfanos, como ya las tenemos para los inútiles del trabajo.

Obrero 2.º—En manos de quien tanto nos quiere, ponemos el porvenir de nuestras mujeres y de nuestros hijos.

Nicolas.—Y yo sabré corresponder á la confianza con que mis compañeros me distinguen.

Pedro.—¡Compañeros, dice! *(Rumores en los obreros.)*

Nicolas.—Compañeros somos todos los que nos ganamos el pan con nuestro trabajo.

Obreros.—¡Bien, bien!

Nicolas.—Sí: tenéis razón; mientras el jornal del obrero no esté en proporción con las necesidades de la vida, á los patronos corresponde auxiliaros en vuestras desgracias.

Obreros.—¡Eso, eso!

NICOLAS.—De justicia es, pues, lo que pedís, y si os lo niegan...

OBRERO 2.º—Si nos lo niegan, armas tenemos para imponernos á ellos.

NICOLAS.—Para imponernos, no. Tan infame es la tiranía con los de abajo, como con los de arriba.

PEDRO.—¡Eso es hablar!

NICOLAS.—Id, pues, tranquilos, confiando en lo justo de vuestra causa y en mí.

OBRERO 1.º—¡Hurra por nuestro ingeniero!

OBREROS Y PEDRO!—Hurra! *(Se van por la derecha los obreros.)*

ESCENA V

NICOLÁS y PEDRO

PEDRO.—Cualquiera les haría creer á esos, que es un príncipe el que acaba de expresarse de ese modo.

NICOLAS.—No les extrañarían mis ideas sabiendo que estoy educado en un país libre. Además, los príncipes aprendemos mucho en la emigración.

PEDRO.—¡Y sin dos pesetas!

NICOLAS.—Ea; voy á hacerme la *toalet.*

PEDRO.—¿Quieres que te afeite, que te cepille la ropa, que te embetume el calzado?

NICOLAS.—Lo que quiero es que te vayas á tu trabajo.

PEDRO.—Mi trabajo es ver trabajar á los demás.

NICOLAS.—Bueno, pues á tu puesto.

PEDRO.—En cuanto dé fin á estos pastelillos.

NICOLAS.—Glotón.

PEDRO.—Es mi único vicio.

NICOLAS.—Tu único vicio... ¿Pues y las diversiones?

PEDRO.—Una necesidad.

NICOLAS.—¿Y las mujeres?

PEDRO.—Una calamidad.

NICOLAS.—Anda á paseo, majadero. *(Se va por la izquierda.)*

PEDRO.—¿A paseo? No me lo diga dos veces Vuestra Alteza que voy á obedecerle.

ESCENA VI

PEDRO; á poco, MOLLY

PEDRO.—Esta vida es una paradoja: he aquí un hijo del pueblo que nació para divertirse, y un príncipe que nació para trabajar. ¡Trabajar...! ¡Hay gustos que requieren palos!

MÚSICA

MOLLY.—*(En la puerta de la derecha. Con traje moderno de montar á caballo y fusta.)*

¿Hay permiso?

PEDRO. *(Viéndola.)* ¡Buena es esa!
Adelante y bien venida.
MOLLY. Bien hallado, caballero.
PEDRO. ¿A qué debo esta visita?
MOLLY. Encontrarle aquí esperaba,
al no verle en el taller.
PEDRO. Ahora me iba á mi trabajo.
MOLLY. ¡Trabajar, que cursi es!
PEDRO. ¡Qué gran verdad!
MOLLY. Mucho que sí:
el trabajar no es para mí.
PEDRO. Hay que gozar.
MOLLY. Tal debe ser.
Nada mejor se puede hacer.
PEDRO. ¡Viva el placer!

I

MOLLY. Lo *comil-fó*
es hoy el divertirse á toda hora.
PEDRO. Tal creo yo
no debe trabajar una señora.
MOLLY. ¿Y un hombre sí?
PEDRO. Hay tontos que lo creen un deber.
MOLLY. Pues para mí,
es lo último que el hombre debe hacer.
PEDRO. (Se expresa como un sabio esta mujer.)
MOLLY. Es corta la vida;
tan corta que se acaba á lo mejor.

PEDRO. Y es cosa sabida
que en ellas cada paso es un dolor.

MOLLY. Por eso no es justo
que venga una tan sólo á padecer.
Si el baile es mi gusto,
por qué no he de bailar hasta caer?

PEDRO. ¿Qué baile es el que os gusta, linda miss?

MOLLY. El baile popular de mi país.

PEDRO. En ellos yo no soy grano de anís.

MOLLY. Veamos si es verdad lo que decís.

PEDRO. Venid acá,
bailemos ya
la danza que en moda está.

MOLLY. No es un *foxtrot*, ni un *guam-step*.

PEDRO. Es algo superior por su completa
estupidez. *(Bailan.)*

II

MOLLY. ¿Qué debe hacer
su *splin* para matar la que se aburre?

PEDRO. No puede ser
decirle lo que al caso se me ocurre.

MOLLY. Harta ya estoy
de fiestas y de joyas de valor.

PEDRO. Ame desde hoy,
que amar es un recurso encantador.

MOLLY. ¡Valiente tontería es el amor!

PEDRO. En brazos amantes
no hay nadie que padezca del *splin*.

MOLLY. Hay hombres cargantes
y muchos que no vienen con buen fin.
PEDRO. Un beso furtivo
conmueve al más rebelde corazón.
MOLLY. No sea tan vivo
que no quiero sentir esa emoción.
La higiene prohibe el beso á toda miss.
PEDRO. Pues no hay cosa más dulce, bis á bis.
MOLLY. El más leve contagio está en un tris.
PEDRO. Yo estoy revacunado en mi país.
MOLLY. Mi gran placer
es el bailar
la danza que en moda está.
PEDRO. Pues siendo así
no hay más que hablar.
Cojámonos las manos y bailemos
sin cesar. *(Bailan.)*

HABLADO

PEDRO.—Quedamos en que os aburrís.

MOLLY.—Completamente.

PEDRO.—Y me buscáis para que os divierta?

MOLLY.—¡Qué mayor satisfacción para un caballero!

PEDRO.—Vamos, que me tenéis por una especie de Tonino!

MOLLY.—A propósito de Tonino: ¿sabéis imitar animales?

PEDRO.—(Iba á decirle que á su señor papá; pero no me atrevo.)

Molly.—¡Vamos, responded!

Pedro.—Estando al lado vuestro, al único animal que me es dado imitar es al calamar.

Molly.—¿Por qué?

Pedro.—Porque sudo tinta.

Molly.—¡Jesús qué tontería! *(Riéndose.)*

Pedro.—Pero os habéis reído?

Molly.—Sí.

Pedro.—Pues ya estoy cumpliendo mi misión.

Molly.—¿Es cierto que las mujeres de vuestro país no tienen la libertad que las de aquí?

Pedro.—También las hay liberales, también.

Molly.—¿Y las dejan salir solas con sus novios?

Pedro.—No las dejan; pero algunas se toman el permiso.

Molly.—¿Y qué hacen los padres al volver?

Pedro.—Casarlas.

Molly.—¿Tenéis el divorcio en vuestro país?

Pedro.—Para la falta que hace...

Molly.—¿Qué opináis del matrimonio?

Pedro.—Pues opino que casarse es la mayor tontería que puede hacer un hombre y la menor en que puede incurrir una mujer.

Molly.—¿Y siendo ella rica, muy rica?

Pedro.—Tontos los dos, de capirote.

Molly.—Quiere decir que no os casaríais conmigo.

Pedro.—Si lo vais á tomar á desprecio...

MOLLY.—¿Yo? ¡Dios me libre! En seguidita iba yo á casarme con semejante pelagatos.

PEDRO.—Pues... la verdad: más vale que opinéis así, porque tampoco sois mi tipo.

MOLLY.—¿Eh?

PEDRO.—No me gustan las negrillas.

MOLLY.—Pues tenéis muy mal gusto.

PEDRO.—Ni las mujeres que montan á caballo como los hombres, fuman como los hombres y se afeitan como los hombres.

MOLLY.—¿Yo? ¿Yo afeitarme? ¿Pero es que habéis visto en vuestra vida una piel tan fina como ésta? *(Señalando á la cara.)*

PEDRO.—A ver, á ver... *(Le toca la cara.)*

MOLLY.—*(Pegándole un bofetón.)* ¡Tomad, por atrevido!

PEDRO.—¡Pega como los hombres!

MOLLY.—Sois un majadero.

PEDRO.—Tantas gracias.

MOLLY.—¿Por qué habéis de preferir la cara de una mujer á la mano, si todo es piel?

PEDRO.—Por la misma razón que prefiero una curva á un ángulo y todo es geometría.

ESCENA VII

Dichos; MISTER DORRIKLAM (tipo yanqui de cincuenta y cinco á sesenta años.)

DORRIKLAM.—¿Ya de tertulia?

MOLLY.—Mi señor padre.

Pedro.—(El Ogro.)

Dorriklam.—¿Pero tú no sabes que ese hombre se debe á su trabajo?

Pedro.—(Ese hombre... ¡Con qué finura me trata!)

Molly.—Pues si sirve tanto para trabajar como para divertirme, sí que es una adquisición ese hombre.

Pedro.—(Vaya, que la han tomado los dos con este hombre.)

Dorriklam.—Anda, anda á casa.

Molly.—¿A casa... á seguir aburriéndome, á desesperarme?

Dorriklam.—Si trabajaras, no te aburrirías.

Molly.—Trabajar... ¡Eso no es de personas!

Dorriklam.—¿Pues qué he hecho yo desde que nací?

Pedro.—(El burro.)

Molly.—Esta vida es insoportable. ¡Siempre lo mismo!

Pedro.—(Señor, dadla un dolorcito de muelas para variar.)

Dorriklam.—Anda, mujer, anda, que te espera una visita que te sorprenderá.

Molly.—¿De veras? ¿Algo nuevo? ¿algo que no es lo de todos los días?

Dorriklam.—Una cosa realmente extraordinaria.

Molly.—Ya estás picando mi curiosidad.

Pedro.—Y la mía.

Dorriklam.—¡Eh!... ¿Quién os mete á vos en esta conversación? ¡Estúpido! ¡Hase visto!... *(Habla con su hija.)*

Pedro.—(Nada más que estúpido. Se conoce que está de buen humor; otros días me llama idiota.)

Molly.—Pues voy, voy corriendo. Hasta ahora, papaíto. *(Se va por la derecha.)*

Pedro.—(Y á mí, que me parta un rayo.)

Dorriklam.—¿Dónde está vuestro hermano?

Pedro.—En esa habitación.

Dorriklam.—Decidle que le espero.

Pedro.—Al momento. *(Se va por la izquierda.)*

Dorriklam.—¡Qué reclam, qué reclam para mi fábrica si es cierto lo que acabo de saber! Y es indudable que tiene que serlo, porque los informes son precisos y están debidamente comprobados.

Pedro.—*(Volviendo á escena.)* En seguida sale.

Dorriklam.—Poned este sombrero por ahí.

Pedro.—Con mucho gusto.

Dorriklam.—¿Tenéis pañuelo?

Pedro.—Sí, señor.

Dorriklam.—Sacudid esta bota, que se me ha manchado de polvo.

Pedro.—(Si no fuera por lo que es...) *(Lo hace.)*

Dorriklam.—Bien está.

Pedro.—¿No queréis que os siga sacudiendo?

DORRIKLAM.—¡Lo que quiero es que os vayáis á cumplir con vuestra obligación!

PEDRO.—¿Con este traje?

DORRIKLAM.—Id á poneros el honrado uniforme de inspector del trabajo.

PEDRO.—Al instante. (¿Y llaman á este tío el rey del flexible? Pues lo que tenga de rey y de flexible, que me lo claven á mí en la frente.) *(Se va por la derecha y aparece Nicolás por la izquierda.)*

ESCENA VIII

MISTER DORRIKLAM y NICOLÁS

NICOLÁS.—A vuestras órdenes, míster Dorriklam.

DORRIKLAM.—Mi querido ingeniero... *(Le estrecha la mano.)*

NICOLÁS.—Esta misma tarde quedará presentada en el Registro la Memoria-descripción de mi nuevo invento.

DORRIKLAM.—Sé que sois un verdadero hombre de ciencia y estoy orgulloso de teneros en mi fábrica; pero no se trata ahora de vuestro invento.

NICOLÁS.—Vos diréis, entonces.

DORRIKLAM.—Sentémonos.

NICOLÁS.—Como gustéis.

DORRIKLAM.—Mi querido amigo: me tenéis sumamente disgustado.

NICOLÁS.—¿La causa?

DORRIKLAM.—Vuestra falta de confianza conmigo.

NICOLÁS.—No caigo.

DORRIKLAM.—¿De dónde veníais cuando os presentasteis en Pensilvania?

NICOLÁS.—De Inglaterra, donde estudié mi carrera, como habéis podido ver por mis títulos.

DORRIKLAM.—Perfectamente. Pero no sois inglés.

NICOLÁS.—Ni yo he afirmado que lo sea.

DORRIKLAM.—Sois de Sauria, país que vive al presente en completa anarquía y donde hace quince años hubo una revolución en la que perdieron la vida todos los individuos de la familia real, menos uno: el príncipe heredero, salvado por un significado socialista, esposo del ama de cría, que fué, del referido príncipe.

NICOLÁS.—¿Y qué tengo yo que ver...?

DORRIKLAM.—Seguid oyendo: Dicho matrimonio, que por cierto tenía un hijo de la misma edad del príncipe, se estableció en Cambrig con el fin de dar educación á los dos niños, que por hijos suyos pasaban. Uno de ellos obtuvo el título de ingeniero; al otro no consiguieron hacerle estudiar. ¿Cuál es el príncipe?

NICOLÁS.—Vos diréis.

DORRIKLAM. — Yo juraría que el ingeniero. ¿Qué opináis vos?

NICOLÁS.—Me es indiferente.

DORRIKLAM.—¿Pero todavía insistís en guardar el incógnito?

NICOLÁS.—¿Yo...?

DORRIKLAM.—No vale negar, amigo mío. El conde Kolusky, antiguo ministro de vuestro augusto padre, y su bella consorte, que vienen con la misión de ofreceros el trono de Sauria, y se hallan en èste momento en mis habitaciones, son los que acaban de darme esos datos, debidamente comprobados por ellos mismos.

NICOLÁS.—¿Pero esos señores afirman que sea yo el príncipe?

DORRIKLAM.—Afirman que sois uno de los dos: vos, ó el que pasa por hermano vuestro; pero como mi vista ni mi olfato pueden engañarme, yo tengo el honor de saludar en este momento al augusto príncipe. ¡Qué digo príncipe? ¡Al futuro rey de Sauria! ¡Hurra por el rey de Sauria!

CONDE, CONDESA y MOLLY.—*(Presentándose en la puerta derecha.)* ¡Hurra!

ESCENA IX

Dichos; EL CONDE, LA CONDESA y MOLLY

El Conde, viejo ridículo y muy pintado, pero vestido con exagerada elegancia; la Condesa, joven, elegante y hermosa.

MÚSICA

CONDE. ¡Señor!
CONDESA. ¡Señor!
MOLLY. ¡Señor!
NICOLÁS. Señores, bien venidos: tanto honor.
CONDE. ¡Señor!
CONDESA. ¡Señor!
MOLLY. ¡Señor!
LOS TRES. El nuestro, al saludarle, es aún mayor.
CONDESA. De la patria lejana venimos,
de Sauria querida,
la perla de Oriente,
MOLLY. De la patria lejana y hermosa
que al príncipe amado
espera impaciente.
CONDE. Y un saludo leal le traemos
que en nombre de todos
os hago yo aquí.
NICOLÁS. Yo, como hijo de humildes obreros,
no acepto un saludo
que no es para mí.

CONDE. ¡Se ve!
CONDESA. ¡Se ve!
MOLLY. ¡Se ve!
LOS TRES. Se ve por vuestro porte sin igual.
CONDE. ¡Se ve!
CONDESA y MOLLY. ¡Se ve!
DORRIKLAM. ¡¡Se ve!!
LOS CUATRO. Se ve que sois un príncipe real!
NICOLAS. ¡No tal!
CONDESA. Perdonad, señor, que insista:
sois el príncipe heredero.
Lo tenemos por seguro.
CONDE. Comprobado lo tenemos.
NICOLAS. Que venís equivocados,
sólo os puedo yo decir.
CONDESA. Oid un cuento de la patria
que de molde viene aquí.

I

Érase que se era un rebaño
que en un pueblo cuidaba un pastor,
quien jamás una res, cuando joven,
en las garras del lobo dejó.
Mas ya viejo el pastor, y una noche,
en que el lobo hasta el hato llegó,
por salvar á las pobres ovejas,
en la lucha la vida perdió.
Y las ovejitas, que hablaban allí,

huyendo del lobo decían así:
¡Ven, ven, ven,
ven, pastor, que tengo miedo,
que soy débil y no puedo
con las fieras yo luchar!
¡Ven, ven, ven,
no te apartes de mi lado,
ven y esgrime tu cayado,
que me van á devorar!

II

Dícese que el pastor de mi cuento,
con él siempre llevaba un zagal,
un zagal que del lobo maldito
por milagro se pudo escapar.
Dícese que ya es hombre y es fuerte
y en países extraños está,
y no quiere volver á su patria
el rebaño del viejo á cuidar.
Mas las ovejitas, que aún hablan allí
pensando en él siempre, exclaman así:
¡Ven, ven, ven,
ven, zagal, que así te alejas,
á cuidar de las ovejas
que perdieron su pastor!
¡Ven, ven, ven,
no retardes tu llegada
que la oveja descarriada
necesita de tu amor!

TODOS. ¡Ven, ven, ven,
ven, zagal que así te alejas
etc., etc.

HABLADO

CONDESA.—Señor, los brazos de la patria os aguardan.

CONDE.—La nobleza, el ejército, el pueblo, claman por vos, señor; todo os llama.

MOLLY.—Hasta las ovejitas.

NICOLAS.—Esto es una lamentable equivocación. Vuelvo á repetir que no soy el príncipe.

CONDESA.—En ese caso, lo será el que pasa por hermano vuestro.

CONDE.—Esa es nuestra única duda, porque como el nombre de los dos es el mismo, Pedro Nicolás, si bien para diferenciarlos llamaban al uno simplemente Nicolás y al otro simplemente Pedro, ignoramos cuál de los dos sea el más simple.

NICOLAS.—¿Cómo decís?

CONDE.—Perdonad: un *lapsus lingüe.* Ignoramos cuál de los dos sea el *simple* particular y cuál el heredero de la corona.

NICOLAS.—Y venís en representación...

CONDE.—En representación de la nobleza de Sauria y del Ejército: he aquí mis credenciales.

NICOLAS.—(¿Qué será esto? Hay que ganar tiempo para no dejarse sorprender.)

CONDE.—Queréis ver el expediente de vuestra vida, desde que llegasteis á Cambrig, hasta que vinisteis á Pensilvania, refrendado por las autoridades inglesas?

NICOLAS.—No, no es preciso. Y conste que me rindo ante la evidencia. El príncipe es el que pasa por hermano mío: es Pedro.

DORRIKLAM.—¡El otro!

MOLLY.—¡Perico!

CONDESA.—(No es él: qué lástima!)

DORRIKLAM.—¿Aquel imbécil? Imposible.

CONDE.—Os advierto que eso no es un obstáculo para ser príncipe.

MOLLY.—¡Si debí figurármelo! Un hombre que odia el trabajo, que juega tan admirablemente al *tennis* y campeón de *fut-bol*, tenía que ser un personaje.

DORRIKLAM.—Oye, hija mía: me pareció notar que no le eres indiferente al príncipe, verdad?

MOLLY.—Verdad, papaíto.

DORRIKLAM.—¡Oh, qué reclam, qué reclam para la casa! Hay que avisar á la prensa.

MOLLY.—¡Pero ahora que recuerdo! ¡Y yo que le he dado un bofetón!

DORRIKLAM.—¡Demonio! ¡Y yo que he hecho que me limpiara las botas!

MOLLY.—Hay que desenojarle.

DORRIKLAM.—Sí, vamos á desenojarle.

NICOLÁS.—Les advierto que Pedro negará seguramente ser el príncipe; hasta es posible que

diga que soy yo; pero no le hagan caso: yo le haré declarar su alcurnia delante de todos.

Molly.—Corramos en su busca.

Dorriklam.—Sí: corramos. ¡Hoy suben las acciones de la fábrica! *(Se van por la derecha.)*

ESCENA X

CONDESA, CONDE y NICOLAS

Nicolas.—Pero tomad asiento, señora Condesa. *(Ofrece una silla á la Condesa.)*

Condesa.—*(Sentándose.)* Gracias.

Nicolas.—(Hermosa mujer.)

Conde.—¿Conque vos sois el hermano de leche del príncipe?

Nicolas.—Sí, señor Conde.

Conde.—El hijo del ama de cría.

Nicolas.—De una mujer honrada y generosa por quien el príncipe tuvo la suerte de ser amamantado.

Condesa. — Indudablemente. Y sois ingeniero...

Nicolas.—Para serviros, señora Condesa.

Condesa.—Y autor de inventos muy notables.

Nicolas.—Favor que me hacéis.

Conde.—Por eso dije yo que no debíais ser vos el príncipe.

Nicolas.—¿Cómo?...

Conde.—No sé de ningún príncipe que haya inventado nada.

Nicolas.—Señor Conde...

Conde.—Dicho sea en el seno de la confianza.

Condesa. — Vos tendréis gran ascendiente sobre vuestro hermano.

Nicolas.—Bastante.

Condesa.—En ese caso, pedidle que acepte la corona de Sauria.

Nicolas.—Yo...

Condesa.—*(Levantándose y dirigiéndose á Nicolás, que también se levanta.)* Hacedlo por mí, Nicolás. ¿No os llamáis Nicolás?

Nicolas.—Ese es mi nombre.

Conde.—¿Me permitís ver estas máquinas?

Nicolas.—Con mucho gusto.

Conde.—(Le dejaremos hablar con él; mi mujer es más diplomática que yo.)

Nicolas.—¿Decíais...?

Condesa.—Decía que, sin la restauración, la vida en nuestro país es imposible: el populacho imperando en toda Sauria, abolidos los títulos de nobleza, nuestros bienes confiscados, los hombres políticos devorándose los unos á los otros...

Nicolas.—¡Ya era hora de que los lobos se mordiesen!

Condesa.—Un espantoso cuadro de desolación.

Nicolas.—Todos los crímenes se expían, y ellos asesinaron á su rey.

Condesa.—¡Y qué lástima tener que vivir lejos de nuestra patria, que es el verdadero paraíso!

Nicolas.—Es muy hermosa, sí; muy hermosa.

Condesa.—Vos, que la dejasteis muy niño, no podéis recordarla como yo. Yo pienso en ella á todas horas. Pienso en aquel cielo diáfano, de azul purísimo por el día y tachonado de infinitas estrellas por la noche; pienso en aquellos inmensos bosques de palmeras; en aquellos encantadores jardines, dignos de las huríes del Profeta; en aquellos poéticos lagos, que invitan al amor... El amor... el mayor bien del mundo, como dice una canción de nuestro país. ¿La recordáis?

Nicolas.—No.

Condesa.—Pues oidla.

Conde.—¿Música? ¡Cómo me arrulla a mi la música! *(Se sienta.)*

MUSICA

Condesa. Viendo Dios que Adán lloraba
al dejar el Paraíso,
compensarle en algo quiso
que calmase su dolor.
Y olvidando la manzana
y la pícara serpiente,
como padre complaciente
dió a los hombres el amor.
El amor, que desde entonces

en el mundo es soberano,
y al que nunca acude en vano
quien se quiere redimir.
Manantial inagotable
que nos deja satisfechos
y que infunde en nuestros pechos
la alegría de vivir.

—

¡Amor, divino amor,
que es sueño halagador
y es ansia de besar!
¡Amor, amor,
del mundo redentor,
por ti me he de salvar!
¡Amor, divino amor,
sin ti todo es dolor
y angustia y padecer!
¡Amor, amor...!
¡Te aclamo por señor,
tu esclava quiero ser!

HABLADO

(Sigue música en la orquesta.)

NICOLAS.—¡Qué hermoso sería el mundo si sólo imperase en él el amor!

CONDESA.—¿Verdad que sí?

NICOLAS.—Grande es la satisfacción del deber cumplido, pero no es la felicidad.

CONDESA.—La felicidad es otra cosa.

NICOLAS.—Sí, otra cosa.

CONDESA.—El amor. *(Se oye un ronquido fuerte del Conde.)*

NICOLAS.—(¡Oh, esta mujer, esta mujer...!)

CONDE.—*(Que se sentó al empezar el canto.)* Me parece que se ha descabezado un sueño.

CONDESA.—Eh, ¿qué ruido es ese?

NICOLAS.—Vitorean al Príncipe.

CONDE.—*(Mirando por la puerta de la derecha.)* Sí: eso es; y lo traen en triunfo.

CONDESA.—¡Por qué no habíais de ser vos el Príncipe! *(Aparte á Nicolás.)*

NICOLAS.—Señora Condesa...

CONDESA.—Nelly, llamadme Nelly.

ESCENA XI

Dichos; MOLLY, MISTER DORRIKLAM, Obreros y Obreras de la fábrica, trayendo aquéllos en hombros á PEDRO y LUISA, que entra la última.

CANTADO

CORO GENERAL. ¡Viva, viva Perico Tercero,
descendiente del gran Federico,
que si de él es un digno heredero,
con el tiempo será el gran Perico!

Que el buen paño se vende en el arca,
no se puede un momento dudar,
y por eso de obrero á monarca
va Perico de un golpe á pasar.

(Le dejan en el suelo).

PEDRO. *(Vestido de obrero.)* El príncipe no soy
aunque alguien lo afirmó:
seguro de ello estoy
y bien lo siento yo.

MOLLY y DORRYKLAM. ¿Si el caso cierto es,
á qué decir que no?
No insista en ello pues,
que ya se descubrió.

PEDRO. Con mi hermano me confunden.
¿Tú ves esto, Nicolás?

NICOLAS. (Di que el príncipe tú eres.)

PEDRO. (¿Yo?...)

NICOLAS. (Lo mando.)

PEDRO. (Bien está.)

NICOLAS. No neguéis, hermano mío:
quiénes somos saben ya,
y al futuro rey de Sauria
yo me honro en saludar.

LUISA. (¡El no es príncipe, respiro!
aun en él puedo pensar,
aun no pierdo la esperanza
de una hermosa realidad.)

MOLLY y CONDESA. Por su genio tan alegre
y su modo de pensar,

¡quién creyera que este chico
fuera príncipe real!

TODOS. ¡Viva, viva Perico Tercero!,
etc., etc.

(*Mientras canta el coro, Nicolás hace á Pedro la presentación de los Condes; después van pasando todos por delante de él como si fuera un besamanos, siendo los primeros, después de los Condes, Molly y Míster Dorriklam. Perico se da una importancia extraordinaria.*)

CORO. Cuando el trono que le ofrecen
como rey ocupe ya,
nunca olvide que fué obrero
vuestra augusta Majestad.

PEDRO. Seré un rey como en la historia
no le hubo ni le habrá;
el monarca prototipo,
y os lo voy á demostrar.

CORO. Pues oigamos lo que dice
vuestra augusta Majestad.

TODOS. Oigamos, pues.
Silencio ya.

I

PEDRO. Será Jauja mi país, reinando yo.

TODOS. ¡Oh!

PEDRO. Nadie allí contribuciones pagará.

TODOS. ¡Ah!

PEDRO. Nunca al hombre la mujer dirá que no.
TODOS. ¿No?
PEDRO. Y á la fuerza yo impondré la libertá.
TODOS. ¡Ya!
PEDRO. Será un país feliz,
de lo mejor
que puede haber.
Será la tierra del amor,
de la alegría y del placer.
TODOS. Será un país feliz,
de lo mejor
que pueda haber.
¡Jauja será,
según lo pinta
su augusta Majestá!

II

PEDRO. El subir los comestibles se acabó.
TODOS. ¡Oh!
PEDRO. Nadie allí guardando trigo medrará.
TODOS. ¡Ah!
PEDRO. Nunca allí gobiernos malos tendré yo.
TODOS. ¿No?
PEDRO. Ni habrá Cortes, que no sirven para ná.
TODOS. ¡Ya!
PEDRO. Será un país feliz...
etc., etc.

HABLADO

(Sigue tocando la orquesta.)

Dorriklam.—¡Viva el rey de Sauria!

Todos.—¡Viva!

Pedro.—¡Gracias, muchas gracias! Y para quedar como me corresponde, mi buen amigo Mister Dorriklam os obsequiará, en nombre mío, con una semana de jornal.

Obrero 1.º—¡Hurra Pedro III!

Todos.—¡Hurra!

Dorriklam.—¿Decís que una semana?

Pedro.—Si os parece poco...

Dorriklam.—No, no; pero... ¿y los fondos?

Pedro.—Vos los adelantaréis. ¡Por algo somos amigos!

Dorriklam.—¡Bien, bien!

Pedro.—Querido Conde: recibid mi más sincera enhorabuena por tener una hija tan encantadora.

Conde.—No soy su padre.

Pedro.—¿No? (Plancha.)

Conde.—Soy su esposo.

Pedro.—En ese caso, retiro la enhorabuena.

Conde.—¿Eh?...

Pedro.—Como padre, y os la doy como marido.

Conde.—Gracias, señor.

CONDESA.—Vuestra Majestad es muy benévolo.

MOLLY.—Supongo, señor, que no estaréis molesto conmigo por la pequeñez de antes.

PEDRO.—Manos blancas no ofenden, y para tranquilizaros, ya os daré ocasión de repetir.

DORRIKLAM.—Vuestra Majestad me perdonará si en más de una ocasión le he llamado imbécil.

PEDRO.—Imbécil é idiota; pero entre compañeros no tienen esas cosas importancia. (*Suena el timbre del teléfono y acude Luisa.*)

DORRIKLAM.—¿Compañeros?

PEDRO.—¿No os llaman el rey del flexible?

DORRIKLAN.—¡Oh!, qué *sprit* el de Vuestra Majestad!

PEDRO.—A propósito: ¿queréis hacerme el favor de rascarme esta paletilla?

DORRIKLAN.—Con mucho gusto.

PEDRO.—¿Y tenéis pañuelo?

DORRIKLAN.—Sí. (*Lo saca y se dispone á limpiarle las botas.*)

PEDRO.—Pues... sonaos.

LUISA.—Dicen á Míster Dorriklam desde su palacio, que acaban de llegar en tres autos, reporteres y fotógrafos de los principales diarios á los que se avisó por orden suya.

DORRIKLAM.—Pues no hay tiempo que perder: vamos allá, señores. (¡Qué reclam, qué reclam para la casa!)

PEDRO.—Sí, sí, que me retraten.

MOLLY.—Lástima que no tengáis aquí el manto real y la corona.

PEDRO.—Es igual: con manto y sin manto, soy el mismo. (Aunque la mona se vista de seda...)

CONDE.—Yo no sé qué tienen las testas coronadas, que en seguida se les conoce que lo son.

PEDRO.—Una distinción especial, querido Conde.

CONDE.—Así debe ser.

PEDRO.—Tampoco vos podéis negarque estáis coronado.

CONDE.—Gracias, señor.

DORRIKLAM.—¿Vamos?

PEDRO.—Sí: vamos. ¿Queréis apoyaros en mi brazo, Molly?

MOLLY.—Con mucho gusto.

PEDRO.—Míster Dorriklam, ofreced el vuestro á la señora Condesa.

DORRIKLAM.—Encantado.

CONDESA.—¿No venís vos?

NICOLÁS.—Imposible: un trabajo urgente me reclama.

MOLLY.—Nuestro Ingeniero padece la monomanía del trabajo.

PEDRO.—Una enfermedad, como quien dice.

NICOLAS.—Pero no contagiosa.

PEDRO.—Afortunadamente.

CONDESA.—Hasta luego, pues.

NICOLAS.—Hasta luego.

(Se van todos, menos Nicolás y Luisa, por la derecha.)

ESCENA XI

LUISA y NICOLÀS

(Nicolás se dirige á la ventana como para ver pasar á los que se han ido y sin reparar, hasta que se indique, en Luisa, que ha quedado junto a la puerta y está fija en él.)

CANTADO

LUISA. ¡El no es el rey,
mi Dios no lo ha querido!
¡Qué espanto para mí
si el rey hubiera sido!
Muriérame yo aquí
mi amor viendo perdido.
¡Él no es el rey, no; él es mi amor!

HABLADO

Sigue la orquesta.

NICOLAS.—¡Rey de Sauria...! Pero si no es el pueblo el que me ofrece la corona, si son únicamente los poderosos, los que necesitan para vivir de la tiranía y del privilegio, mi vuelta á la

patria sería otra vez la guerra civil, la lucha entre hermanos; y en cambio aquí puedo seguir siendo útil á la humanidad... ¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

CANTADO

¡La duda me atormenta!
¿Será verdad
que llamen las ovejas
á su zagal?

Luisa. ¿Qué le sucede?
¡Qué agitación!
De mi presencia
ya se olvidó.
¡Ay de mí, triste!
Como pensé,
se ha enamorado
de esa mujer.

Nicolás. ¡Qué dicha más grande
volver a la patria,
de hermosos jardines,
de lagos que encantan,
de poética luna,
de espléndido sol,
y oir sus ardientes
canciones de amor...!

—

¡Amor, divino amor!
¡Oh, goce arrobador,
que hasta hoy yo no sentí!
¡Amor, divino amor,
de todos los placeres el mayor,
la dicha se halla en ti!

LUISA. ¡Señor ingeniero!
NICOLAS. ¡Oh, Luisa!
LUISA. ¿Qué os pasa?
¿Soñabáis despierto?
NICOLAS. Despierto soñaba.
LUISA. Volver es preciso
á la realidad.
NICOLAS. ¡Qué triste es la vida,
qué grato es soñar!
(Campana dentro.)
Nos advierte la campana
que el ensueño es cosa vana
y debemos despertar.
LUISA. Nos advierte,
por su modo de tocar,
que el descanso está en la muerte.
LOS DOS. Y la vida es trabajar.

NICOLAS.—*(Hablado.)* Sí, sí; volvamos á la realidad.

LUISA.—*(Idem.)* Volvamos.

CORO DE TRABAJADORES.—*(Dentro.)*
La vida es una lucha, no un placer;
preciso es trabajar, etc., etc...

(Al empezar el canto de los trabajadores, Ni-

colás se dirige á la ventana, la cierra, echa el estor, enciende su luz y se sienta á trabajar. Luisa enciende también su luz, se sienta y escribe á máquina. Va cayendo el telón lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Hall de un magnífico palacio; el foro no tiene pared, propiamente dicho; lo constituyen cuatro hermosas columnas, que forman, como es consiguiente, tres grandes huecos, los dos laterales cerrados con verjas de hierro y cristalerías, y el del centro por una gran puerta de dos hojas, también de hierro y cristales, que se halla abierta. A través del intercolumnio, se ve un espléndido y modernísimo jardín. En la pared lateral derecha, el arranque de una magnífica escalera, con dos hermosos y artísticos candelabros en el empiece de las barandillas; á cada lado de la escalera una puerta de hierro y cristales. En el centro de la pared lateral izquierda una hornacina grande con un grupo escultórico, y á cada lado una puerta, iguales á las del otro lado. Delante de las columnas del foro y junto al quicio de cada una de las puertas laterales, preciosos macetones con plantas idénticas todos ellos. Muebles apropiados. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MÍSTER DORRIKLAM y el CONDE de pie junto á la puerta del foro, un CRIADO de pie junto á la puerta segunda de la izquierda; después, PEDRO, MOLLY, CONDESA, KETTY CHERRY,

JORGE, EDUARDO, JUGADORES y JUGADORAS por el foro, todos ellos con trajes apropiados para jugar al *tennis* y con raquetas en la mano: á su tiempo CUATRO CRIADOS con frac y calzón corto, que traen servicio de copas en bandejas de plata y botellas de Champagne en sus heladoras correspondientes.

MUSICA

CONDE. El partido de *tennis*
ha dado fin
y ya los jugadores
vienen aquí.

DORRIKLAM y CONDESA. El Champán y las copas
pronto sacad,
que de sed vendrá muerto
su Majestad.

PEDRO, JUGADORES *(Señoras y caballeros).*
Es el *tennis* un sport
tan superior,
que le juegan y le ven
las gentes *bien.*
Un sport en que van juntos, alegría,
coquetería y picardía!

PEDRO. *(Mientras los demás evolucionan.)*
¡Hay que vivir,
hay que reir,
todo á gozar en primavera nos convida!
¡Solo al placer
hay que atender,
para endulzar los malos ratos de la vida.
¡No es el mejor

en este sport
quien la pelota mucho bota,
que hay que saber
para vencer
dónde se pone la pelota!
¡Viva el jugar,
viva el bailar,
viva el amor,
que es otro sport encantador!

CABALLEROS. Viene aquí la reina
de este sport ideal

SEÑORAS. No hay otra igual.

CABALLEROS. ¡Viva Manolita,
que la copa ganó!

SEÑORAS. ¡Ella venció!

CABALLEROS. ¡Hurra, hurra, linda miss!

SEÑORAS. La debemos aclamar.

CABALLEROS. Por su arrojo y por lo bella
nuestra reina es ella.

SEÑORAS. Reina sin par.

(Cuatro criados de librea han sacado una copa monumental, que se abre por el frente y de ella sale Manolita, vestida con un caprichoso traje de tennis.)

TODOS.—*(Haciendo evoluciones.)*
¡Hay que vivir,
hay que reir!
etc, etc.
¡Viva el amor,
que es un sport encantador!

HABLADO

MOLLY.—Precioso partido.

CONDESA.—Tres parejas, una tras otra, han sido vencidas por su Majestad y por miss Dorriklam. *(Al Conde.)*

CHERRY.—Y eso que hemos hecho lo posible por alcanzar el premio.

CONDE.—Mi enhorabuena, señor.

PEDRO.—Gracias, Conde.

DORRIKLAM.—La mía más cumplida, ilustre huésped.

PEDRO.—Estimando, ilustre patrón.

KETTY.—Nunca se otorgó una copa de honor más merecida.

CONDE. — Con qué orgullo la conservaréis, señor.

PEDRO.—Si sólo fuera mía... Pero pertenece también á Manolita. Y la verdad es que, siendo dos los vencedores, dos debían ser las recompensas, porque eso de obsequiar á un rey con media copa...

CONDE.—¡Ingeniosisimo!

CONDESA.—Yo estoy asombrada del brazo de su Majestad.

PEDRO.—Para brazo asombroso, el vuestro, querida Condesa.

MOLLY.—¿Y qué fiesta se prepara para esta tarde?

Conde.—La recepción de la colonia Sauriense, que desea cumplimentar á su augusto monarca.

Molly.—¿Y á eso llamáis una fiesta?

Condesa.—Es que vendrán todos con los trajes típicos de nuestro país y habrá cantos y danzas, si su Majestad es gustoso en ello.

Pedro.—Gustosísimo: venga canto y baile, con su correspondiente *lunch*, porque me figuro que les daremos un *lunch*, ¿verdad, míster Dorriklam?

Dorriklam.—Se lo daremos, señor.

Prdro.—Sí, sí; seamos espléndidos.

Molly.—Y ahora, si le parece á vuestra Majestad que cambiemos de traje...

Pedro.—A mí me parece de perlas cuanto se os ocurre, encantadora Molly.

Molly.—En ese caso...

Dorriklam.—Un momento. Me he permitido, señor, avisar á los redactores gráficos de los diarios más importantes, y esperan la venia de vuestra Majestad para retratarle con la copa en la mano.

Pedro.—Hombre... que me van á tomar por el rey de copas.

Conde.—¡Ingeniosísimo!

ESCENA II

Dichos: NICOLÁS

NICOLÁS.—*(Por el foro.)* Señor... Señores... *(Todos se inclinan, incluso él.)*

PEDRO.—Qué, ¿te has cansado ya de trabajar, querido hermanito?

NICOLÁS.—Por suerte mía, no me canso nunca.

PEDRO.—¡Y á eso le llama suerte!

NICOLÁS.—Claro, señor; porque los que tenemos necesidad de trabajar para vivir...

PEDRO.—¿Tú? ¿Tú necesidad de trabajar para vivir? ¿Y con un hermano rey? ¡Pide por esa boca, hombre! ¿Qué te hace falta?

NICOLÁS.—A mí, señor...

PEDRO.—Míster Dorriklam: dadle á éste de parte mía lo que necesite.

NICOLÁS.—Muchísimas gracias.

DORRIKLAM.—Vuestro hermano, Majestad, si ya no es rico, lo será muy pronto: sus inventos han alcanzado un éxito enorme; y como lleva participación en el negocio de la fábrica...

CONDESA.—Sea enhorabuena, señor Ingeniero.

PEDRO.—¡Vaya, á que voy á ser yo el que tenga que pedirle un empréstito á él!

NICOLÁS.—Ya sabéis, hermano, que podéis disponer de todo lo mío.

PEDRO.—Ya dispongo, ya.

Molly.—¿Y á qué se debe vuestra presencia en este sitio? Vos que huís de todas las fiestas.

Nicolás.—Como el señor Conde deseaba que hablásemos y mis ocupaciones no me lo han permitido hasta este momento...

Conde.—Efectivamente: los negocios de Estado nos reclaman.

Molly.—En ese caso...

Dorriklam.—Pues con la venia de Vuestra Majestad.

Pedro.—Sí, sí; podéis retiraros todos. Vos, Conde, paseaos un rato por el jardín hasta que os llamemos; antes de vuestra conferencia, tengo yo que hablar dos palabras con mi hermano.

Conde.—Como Vuestra Majestad disponga.

Unos.—Señor... *(Saludando todos.)*

Otros.—Señor... (*Idem.*)

Pedro.—Hasta ahora, amigos, hasta ahora.

(Se van todos: el Conde por el foro y el resto de los personajes por la escalera. Sólo quedan en escena Nicolás y Pedro.)

ESCENA III

NICOLAS y PEDRO

Nicolás.—Ya estamos sòlos. ¿Qué quieres de mí?

Pedro.—Deseo que tenga Vuestra Majestad la bondad de explicarme...

NICOLÁS.—Mira, déjate de tratamientos y de tonterías.

PEDRO.—Está bien. Pues como desde ayer que te dió la ocurrencia de hacerme rey de Sauria, no hemos podido hablar á solas cinco minutos, deseo saber qué te has propuesto con este cambio de papeles.

NICOLÁS.—Muy sencillo: estos Condes que vienen á ofrecerme la corona, dudo mucho que traigan la representación que dicen ostentar; y en ese caso no sería yo el que volviese á nuestro país á perturbarlo más de lo que está, para tener que volverme, al fin y á la postre, como un pretendiente desairado.

PEDRO.—¿Y dejas ese ridículo papel para mí?

NICOLÁS.—No, hombre, no; pero diciéndoles que yo soy el príncipe, jamás me revelarían la verdad.

PEDRO.—Es achaque de cortesanos.

NICOLÁS.—Tú sigue haciendo de rey presunto, que no creo que te vaya mal.

PEDRO.—Un encanto, hermano. Me bailan el agua. Sobre todo míster Dorriklam. Antes era yo para él un perfecto imbécil; ahora se han cambiado las tornas.

NICOLÁS.—¿Te cree un sabio?

PEDRO.—No; quiero decir que el perfecto imbécil es él para mí.

NICOLÁS.—¡Cómo te adularán!

PEDRO.—¡Si hasta resulta que soy graciosísi-

mo! No digo una frase que no me la rían á carcajadas. Damas y galanes se pasan el día enseñándome los dientes.

NICOLÁS.—Ya te morderán, ya.

PEDRO.—¡Qué pesimista eres!

NICOLÁS.—Acuérdate de lo que hicieron con mi padre.

PEDRO.—¿A que renuncio á la corona?

NICOLÁS.—Vete, que tengo que hablar con el Conde.

PEDRO.—¡Qué tipo! En cambio la señora...

NICOLÁS.—¿También te gusta la Condesa?

PEDRO.—Al que me parece que le gusta es á tí.

NICOLÁS.—¡Bah!

PEDRO.—¡Pobre mecanógrafa!

NICOLÁS.—¿Qué quieres decir?

PEDRO.—Que á estas horas debe tener unos celos horribles.

NICOLÁS.—¿Pero tú crees que está enamorada de mí?

PEDRO.—Ciego se necesita ser para no verlo.

NICOLÁS.—Bien, bien; pues vete y déjame en paz con tus tonterías.

PEDRO.—¿Me lo dices como rey ó como hermano?

NICOLÁS.—Como hermano; ya hemos convenido que el rey eres tú.

PEDRO.—En ese caso... Y fíjate; fíjate en lo majestuoso de mi andar y de mi saludo. *(Anda hacia la derecha.)*

NICOLÁS.—Dios te conserve el humor.

PEDRO.—¡Demonio! *(Hace una reverencia exagerada y al volverse se da con un candelabro de la escalera.)*

NICOLÁS.—¿Qué te sucede?

PEDRO.—Que acabo de darme un testarazo en plena testa.

NICOLÁS.—¿Te has hecho mucho daño?

PEDRO.—Me he hecho un real chichón.

NICOLÁS.—A ver si no te sienta la corona.

PEDRO.—Al contrario; ahora me encajará perfectamente. ¡No ves tú que me venía muy ancha!

NICOLÁS.—Incorregible.

PEDRO.—¡Paso á Perico el grande, señores, paso al gran Perico! *(Se va por la escalera.)*

NICOLÁS.—Completamente loco.

ESCENA IV

NICOLÁS, el CONDE

NICOLÁS.—Señor Conde, á vuestra disposición.

CONDE.—A la vuestra, señor Ingeniero.

NICOLÁS.—Tenéis la palabra, señor Conde. *(Se sientan los dos.)*

CONDE.—Pues bien: como ayer os dije, la nobleza y el ejército de Sauria, á quienes tengo el

honor de representar, ofrecen por mi boca á vuestro augusto hermano la corona de sus antepasados.

NICOLÁS.—¿Pero existen ejército y nobleza en Sauria?

CONDE.—Disuelto fué el ejército y abolidos los títulos de nobleza; pero existen los antiguos efes y los nobles.

NICOLÁS.—En ese caso, lo que venís á ofrecer á mi hermano no es un trono consolidado, sino el apoyo de algunos elementos sociales para reconquistarlo.

CONDE.—Elementos poderosísimos.

NICOLÁS.—Sin duda alguna; pero no sois portador de la voluntad unánime de la nación.

CONDE. — ¡Voluntad unánime en política!... Eso es una utopia. ¡Gracias que hoy pueda gobernarse con el auxilio de los más! Creedme, amigo mío: ocasión tan favorable como ésta, jamás se le presentará á vuestro hermano.

NICOLÁS.—Bien, bien: pues... yo hablaré con él y lo pensaremos.

CONDE.—¡Cómo! ¿Pero es posible que aún dudéis? ¿Pero es posible que un príncipe en el destierro y que tiene que trabajar para vivir, no se decida á rehabilitarse?

NICOLÁS.—¿Qué habláis de rehabilitarse? ¡Un príncipe que trabaja, es tan digno de consideración y está tan alto, por lo menos, como el que ocupa un trono!

CONDE.—No he tratado de ofender á vuestro hermano.

NICOLÁS.—Así lo creo.

CONDE.—Y espero no desmerecer en vuestra amistad.

NICOLÁS.—¡Qué duda cabe!

CONDE.—¿Quedamos, pues, en que trataréis de convencerle?

NICOLÁS.—Haré lo posible.

CONDE.—No os pesará, creedme. Todo por la patria.

NICOLÁS.—Sí; todo por la patria.

(*Se dan la mano, se inclinan ceremoniosamente y se separan: Nicolás se sienta pensativo, á la izquierda, y el Conde se dirige á la escalera, por donde aparece la Condesa, que ha cambiado de traje y está deslumbradora de elegancia, de joyas y de hermosura.*)

ESCENA V

Dichos; la CONDESA

CONDESA.—¿Qué hay?

CONDE.—Durillo está de convencer.

CONDESA.—¿De veras?

CONDE.—No puede negar que su padre era socialista.

Condesa.—¿Y han de escapársenos de la mano el poder y la fortuna?

Conde.—Si tú quisieras tomarte la molestia de hablar con él...

Condesa.—¿Te parece que trate yo de decidirle?

Conde.—Sí, sí: y emplea toda tu elocuencia. La patria te lo agradecerá. Os dejo solos. *(Se va.)*

ESCENA VI

LA CONDESA, NICOLAS

MUSICA

Condesa. Señor Ingeniero...
Nicolás. Señora Condesa...
Condesa. ¿Aquí triste y solo?
Nicolás. Alegre con verla.
Condesa. Si fuera eso cierto...
Nicolás. No dude que sí.
Condesa. Queréis solamente
burlaros de mí.
Nicolás. ¿Burlarme yo de vos? ¡Oh no, señora,
que todo en vos seduce y enamora!
La clásica belleza,
la noble gentileza,
la voz encantadora.
Condesa. Galante me resulta el ingeniero:
no en vano es un perfecto caballero.

Oirle me envanece,
mas ¡ay! que no parece
su elogio muy sincero.

NICOLÁS. Odio el mentir.
No uso esas armas yo jamás.

CONDESA. Quise decir
que me aduláis y nada más.

NICOLÁS. Toda mujer
cuenta se da de su valor.

CONDESA. Bien puede ser.

NICOLÁS. Pues no llamadme adulador.

CONDESA. Me consta, y, por lo tanto, no me fío,
que vos no queréis ser amigo mío.

NICOLÁS. Si tal pensáis ahora,
decid, por Dios, señora,
en qué veis mi desvío.

CONDESA. Quien quiera mi amistad franca y sincer[a]
se tiene que amoldar á mi manera:
ser bueno y obediente,
seguirme ciegamente,
querer lo que yo quiera.

NICOLÁS. Yo anhelo ser
amigo vuestro de verdad.

CONDESA. A mi entender,
pruebas requiere la amistad.

NICOLÁS. Si ello es así,
pruebas también deseo yo.

CONDESA. Nunca por mí
cosa que es justa se negó.

NICOLÁS. ¿No?

CONDESA. ¡No!
Fije en mis ojos sus ojos,
cojan sus manos mis manos
y la amistad sellaremos
que prometieron los labios.

NICOLÁS. Fijo en sus ojos los míos
y allá mis manos os van,
y ahora escuchad de mis labios
lo que no pueden callar.

CONDESA. Respetad mi rubor,
compasión para mí.

NICOLÁS. Yo quisiera expresar
lo que al veros sentí.

CONDESA. No sigáis, pues ya sé
cuanto vais á decir.

NICOLÁS. Cantaré la canción
que de vos aprendí.
¡Amor, divino amor
del mundo redentor,
por ti me he de salvar!
¡Amor, divino amor,
que es fuego abrasador
y es ansia de besar!
(Intenta besarla.)

CONDESA. ¡Oh, quieto, quieto, por favor,
que eso, amiguito, es abusar!
(Separándose de el.)

NICOLÁS. ¡Oh Nelly seductora,
dejad entre mis manos
la vuestra encantadora!

CONDESA. Si quiere mi amistad franca y sincera,
etc., etc.
NICOLÁS. (Esta mujer
ha trastornado mi razón.)
CONDESA. (Ya le vencí,
ya mío es su corazón.)
NICOLÁS. (¿Qué pasa por mí,
que quiero y no la quiero amar?)
Bella mujer,
¿á qué hacerme penar?
En tu fuego de amor
yo me quiero abrasar.

HABLADO

CONDESA.—No os creí tan vehemente, amigo mío.

NICOLÁS.—¡Perdón, señora!

CONDESA.—¿Qué es eso de señora? ¿No quedamos en que me llamaríais por mi nombre?

NICOLÁS.—Si tal es vuestro deseo...

CONDESA.—Deseo, no; mandato. ¿Seré obedecida?

NICOLÁS.—Si todas vuestras órdenes son como esa...

CONDESA.—De todo habrá. Por lo pronto, os mando que queráis á nuestra patria como yo la quiero.

NICOLÁS.—Eso no tenéis que mandármelo.

CONDESA.—¿De veras?

NICOLÁS.—¿Y cómo lo habéis podido dudar?

CONDESA.—¿Por qué, entonces, os resistís á volver á Sauria?

NICOLÁS.—No es á volver á lo que me resisto.

CONDESA.—Ya, ya lo sé: es á que vuestro hermano acepte la corona.

NICOLÁS.—Lo que hago es no oponerme á su voluntad.

CONDESA.—Su voluntad es la vuestra, Nicolás. ¿Veis cómo no se me olvida vuestro nombre? Los príncipes van siempre por donde se les lleva. ¡Si vos quisierais, podíamos ser todos tan dichosos en nuestro país!...

NICOLÁS.—¡Oh, señora Condesa!...

CONDESA.—¿Ya no recordáis cómo me llamo?

NICOLAS.—Sí, Nelly, sí.

ESCENA VII

Dichos; LUISA, por el foro.

LUISA.—(¡Ah, juntos!) Señor Ingeniero...

NICOLÁS.—¿Quién me busca?

CONDESA.—(Qué oportunidad de muchacha.)

LUISA.—Acabo de terminar el trabajo, y como me dijisteis que os avisara...

NICOLÁS.—Está bien: en seguida voy.

LUISA.—Es el caso que quisiera pediros un favor.

NICOLÁS.—Hablad.

Luisa.—Esta tarde se reune aquí la colonia Sauriense para festejar á vuestro hermano, y sabedores de que yo canto los aires más típicos de nuestro país, he sido requerida al indicado objeto. ¿Podéis dispensarme de mi ocupación en el resto del día?

Nicolás.—Con mucho gusto.

Luisa.—Gracias.

Nicolás.—Esta joven es compatriota nuestra, señora Condesa.

Condesa.—Hija de un obrero, víctima de las luchas políticas.

Luisa.—Víctima de la tiranía.

Condesa.—¿Y venís á cantar en la fiesta de un rey?

Luisa.—En la fiesta de un compatriota: aquí no hay reyes: estamos en un país libre.

Nicolás.—En uno de los países más libres y más grandes del mundo.

Condesa.—Veo que todo se contagia en la vida.

Luisa.—¿Confrontamos ahora la copia, ó queréis que lo dejemos para mañana?

Nicolás.—No, no, ahora mismo; ha de salir en el correo de hoy. Con vuestro permiso, señora Condesa.

Condesa.—Asistiréis á la fiesta, ¿verdad?

Nicolás.—Asistiré.

Condesa.—Hasta luego, pues, amigo mío.

Nicolás.—Hasta luego. (*Saludan y se van por el foro.*)

ESCENA VIII

La CONDESA; á poco, PEDRO.

CONDESA.—¡Domada la fierecilla! ¡Pobre hombre! ¿Conque... amigo mío? ¡Sí, amigo mío, sí... esclavo!

PEDRO.—*(Por la escalera y de chaquet.)* Querida Condesa. ¿Cómo aquí tan sola?

CONDESA.—Acabo de bajar de mis habitaciones, Majestad.

PEDRO.—Apeadme el tratamiento, ya que, por fortuna, estamos solos.

CONDESA.—¿Y cómo he de llamaros, señor?

PEDRO.—Como quiera que me llaméis, no os quepa duda que acudiré.

CONDESA.—Vuestra Majestad es muy ocurrente.

PEDRO.—Dón real.

CONDESA.—Así debe ser.

PEDRO.—No os quepa duda. Todos los que llegamos á ceñir una corona somos reyes por la gracia.

CONDESA.—¿De veras, señor?

PEDRO.—Por la gracia de Dios y de la Constitución.

CONDESA.—(Es imbécil.)

PEDRO.—¡Pero no nos ocupemos de mí, sino de vos, encantadora Nelly! ¿No es ése vuestro nombre?

Condesa.—Ese es.

Pedro.—¡Qué bonito, qué poético, qué dulce! No se parece al mío, que es tan áspero. ¡Pedro, Perico!

Condesa.—Pues lo han llevado hombres muy célebres.

Pedro.—¡Ya lo creo! Pedro el Grande, Pedro el Cruel, Pedro Botero...

Condesa.—Y en la actualidad es un nombre muy corriente.

Pedro.—Sin duda alguna. ¡Los Pericos que andan por el mundo!

Condesa.—¡Por Dios, señor!

Pedro.—Veo, querida Condesa, que puedo codearme con vuestro marido.

Condesa.—¿En qué, Majestad?

Pedro.—En lo de haceros gracia.

Condesa.—No es preciso hacer gracia para ser agradable.

Pedro.—¿Luego os soy grato?

Condesa.—Tanto como mi esposo.

Pedro.—¿Qué tiempo lleváis de casada?

Condesa.—Dos años, señor.

Pedro.—¡Entonces nos os agradezco la lisonja!

Condesa.—¿Por qué?

Pedro.—Porque á los dos años de matrimonio, gracias que un marido sea soportable.

Condesa.—El mío es un santo.

Pedro.—¿Sí?...

Condesa.—Incapaz de causarme la menor molestia.

Pedro.—Me lo había figurado.

Condesa.—Y si Vuestra Majestad no tiene nada que mandarme...

Pedro.—Tengo y no tengo, querida Condesa.

Condesa.—Siempre á las órdenes de Vuestra Majestad.

Pedro.—Así sea.

Condesa.—Beso vuestros reales pies.

Pedro.—Y yo, vuestra mano encantadora. *(Le besa la mano, se hacen una reverencia, ella se va por la primera derecha y él se sienta á la izquierda.)*

ESCENA IX

PEDRO; á poco, DORRIKLAM y el CONDE

HABLADO

Pedro.—¡Qué felicidad, actuar de rey, aunque sólo sea por veinticuatro horas!

Conde.—*(Los dos por la segunda izquierda.)* Aquí está Su Majestad.

Dorriklam.—Y solo, por fortuna.

Conde.—Pero creéis que debemos decirle...

Dorriklam.—Todo.

Conde.—¿Y si el pánico se apodera de él y no quiere aceptar la corona?

DORRIKLAM.—No se renuncia á un trono tan fácilmente.

CONDE.—Bien, bien; pero hay que infundirle ánimos.

DORRIKLAM.—Se los infundiremos.

CONDE.—Pues vos no parece que tengáis muchos.

DORRIKLAM.—Pues sí que vos...

CONDE.—¿Qué, nos decidimos?

DORRIKLAM.—No hay más remedio.

MÚSICA

CONDE y DORRIKLAM.
¡Señor!
PEDRO. Amigos míos.
CONDE y DORRIKLAM.
Si dais vuestra licencia...
PEDRO. Llegad, que de ambos siempre
me es grata la presencia.
CONDE y DORRIKLAM.
¡Señor!
PEDRO. ¡En vuestras caras
pintado está el terror!
¿Qué ocurre?
CONDE y DORRIKLAM.
¡Lo que ocurre
no puede ser peor!
PEDRO. ¡Hablad, hablad!
CONDE. ¡Callad!

DORRIKLAM. ¡Callad!

LOS DOS.

¡Que es secreto y enterarse debe sólo
vuestra augusta Majestad!
(*Dan una vuelta, observando si hay alguien.*)

PEDRO. ¡Decid, decid!

LOS DOS. ¡Oíd, oíd,
pues sabemos vuestra fama de valiente!

PEDRO. Tan valiente como un Cid.

I

CONDE y DORRIKLAM.

Por algunos se murmura
y por otros se asegura
que han venido aquí de Sauria
anarquistas en montón;
anarquistas ó nihilistas,
ó tal vez bolchevikistas,
y que vienen con muy mala...
con malísima intención.

PEDRO. Por un simple tiquis-miquis
matan esos bolchevikis.

CONDE y DORRIKLAM.

Se apoderan de lo ajeno
y atropellan la virtud.

PEDRO. Según dicen, son tan rudos
que hasta comen niños crudos.

CONDE y DORRIKLAM.

Si no crudos, como dicen,
por lo menos en ragú.

PEDRO. No hay que temblar.

CONDE y DORRIKLAM.
Claro que no.

PEDRO. No hay que llorar.

CONDE y DORRIKLAM.
Nadie lloró.

LOS TRES. Hay que reir,
como hago yo.

PEDRO. Mucho de acá.
(*Señalando el corazón.*)

DORRIKLAM y CONDE.
¡Claro que sí!

PEDRO. ¡Ojo avizor!

CONDE y DORRIKLAM.
¡Yo duermo así!
(*Señalándose el ojo derecho y cerrando el izquierdo.*)

LOS TRES. ¡Tres *foxterrier*
están aquí!
¡Chitón!
¡Miremos, observemos,
tengamos precaución!
¡Chitón!
¡Olamos y atisbemos
como es obligación!

PEDRO.
¡En el monte, en las ciudades y en la pampa
mi valor conocerán,
y dirán al verme todos: «¡Es la estampa...
de Roldán, de Roldán, de Roldán!»

CONDE y DORRIKLAM.
¡En el monte, en las ciudades y en la pampa
su valor conocerán,
y dirán al verle todos: «¡Es la estampa...
es la estampa, es la estampa de Roldán!»

II

CONDE y DORRIKLAM.
Como es gente muy sectaria,
y cruel, y sanguinaria,
no hay poder que ellos acaten
y se mofan de la ley.
Y pues tal es su fiereza,
y van siempre á la cabeza,
es posible que ahora intenten
atentar contra su rey.

PEDRO. Qué brutos son.
CONDE y DORRIKLAM. Sin discusión.
PEDRO. Yo echo á correr.
CONDE y DORRIKLAM. No es ocasión.
LOS TRES. (Fuera volar
mucho mejor.)
PEDRO. ¡Pobre de mí!
(Acción de acogotar.)
CONDE y DORRIKLAM. Creo que sí.
PEDRO. ¿Dónde estarán?
CONDE y DORRIKLAM. Cerca de aquí.
PEDRO. ¿Cuándo vendrán?
CONDE y DORRIKLAM. ¡Ya están ahí!

PEDRO.

En el monte, en las ciudades y en la pampa,
etc., etc.

CONDE y DORRIKLAM.

En el monte, en las ciudades y en la pampa,
etc., etc.

(*Medio mutis cómico.*)

HABLADO

PEDRO.—¿De modo que se teme un atentado contra mi real persona?

DORRIKLAM.—Esa es la realidad, señor.

PEDRO.—¿Pues no decía el Conde que Sauria era una balsa de aceite?

CONDE.—Y lo sostengo, señor; de aceite...

PEDRO.—¡Hirviendo!

CONDE. — ¡ Hasta en el Paraíso hubo serpientes!

PEDRO.—¡Lagarto, lagarto!

DORRIKLAM.—¡Y que siempre se ha de valer el Diablo de las mujeres para cometer sus fechorías!...

PEDRO.—¿Qué queréis decir?

DORRIKLAM.—¿Quién dió al pobre Adán la manzana?

PEDRO.—Eva.

DORRIKLAM.—Pues otra Eva es, según noticias, la que se apresta á dar á Vuestra Majestad el golpe de gracia.

PEDRO.—¡Hombre, qué gracia! ¿Conque se sabe ya hasta la clase de muerte que me espera?

DORRIKLAM.—Se sabe que es una mujer la designada para acabar con vos.

PEDRO.—¡Si ya me decían todos que las mujeres acabarían conmigo!

CONDE.—Por consiguiente, la primer medida que hay que tomar es impedir que ninguna mujer se acerque á Vuestra Majestad hasta el fin de sus días.

PEDRO.—¿Ni yo á ellas?

CONDE.—Por de contado.

PEDRO.—¡Renuncio á la corona!

CONDE.—¡Pero, señor!...

DORRIKLAM.—¡Pero, ilustre huésped!...

PEDRO.—¿Un rey para hombres solos? ¡De ninguna manera!

CONDE.—Considerad, señor, que la felicidad de Sauria depende de vos.

PEDRO.—No pudiendo hacer la felicidad de mis súbditas, me es indiferente.

DORRIKLAM.—Rechazar un trono en estas circunstancias pudiera achacarse á un estado de ánimo impropio de personas reales.

PEDRO.—¿A qué os referís?

DORRIKLAM.—Al miedo, señor.

PEDRO.—El miedo es libre.

CONDE.—Pero Vuestra Majestad viene de casta de valientes.

PEDRO.—Eso sí: mis abuelos se pasaron la vida riñendo.

DORRIKLAM.—¿Con quién, señor?

PEDRO.—Con mis abuelas.

CONDE.—El caso no es desesperado ni mucho menos. Lo más probable es que la presunta regicida, á quien los agentes de la autoridad siguen la pista, caiga muy pronto en poder de éstos.

PEDRO.—¿Y por quién habéis sabido...?

DORRIKLAM.—Acaba de comunicármelo por teléfono el jefe de Policía, que tuvo anoche una confidencia de persona interesada en el asunto.

PEDRO.—¿Y no os ha dado las señas de esa simpática hija de Eva?

DORRIKLAM.—Falta que él las sepa, ilustre huésped.

PEDRO.—Pues debéis ir á preguntárselo, ilustre patrón.

DORRIIKLAM.—Sí, sí; corro al teléfono. (*Se va por donde vino.*)

CONDE.—Y yo, á contar á mi señora lo que ocurre; puede que ella vea más claro que yo en este asunto.

PEDRO.—En éste y en todos, querido Conde.

CONDE.—Y eso que Vuestra Majestad sólo la conoce muy superficialmente.

PEDRO.—Todo se andará, amigo mío.

CONDE.—Con la venia de Vuestra Majestad.

PEDRO.—¿Pero me vais á dejar solo?

Conde.—Ahí viene vuestro hermano.

Pedro.—Pues vé con Dios. (En buen momento llega.) (*Saluda el Conde y se va por donde vino.*)

ESCENA X

PEDRO y NICOLÁS (por el foro).

Pedro.—¡Hermano queridísimo! ¡Prepáralo todo para mi abdicación!

Nicolás.—¿Cómo dices?

Pedro.—¡Que no quiero reinar, que renuncio á la corona!

Nicolás.—¿Pues qué sucede?

Pedro.—Que me quieren escabechar.

Nicolás.—Y aún no hemos llegado á Sauria.

Pedro.—¡Si llegamos allí, papilla!

Nicolás.—¿Pero quieres explicarte?

Pedro.—¡Para explicaciones está el tiempo! Bástete saber que esta cabeza, que en realidad no es mi cabeza, sino la tuya, ó mejor dicho, que tu cabeza, que en realidad no es tu cabeza, sino la mía, está amenazada de muerte.

Nicolás.—No sabes lo que te dices.

Pedro.—Pero sé dónde van á venir á parar los golpes.

Nicolás.—¿Y quién te ha contado...?

Pedro.—Mi ilustre patrón, que nos ha tomado un cariño grandísimo á la corona y á mí y

que vela por mi corona y por mi cabeza. Bueno, más por mi corona que por mi coronilla.

NICOLÁS.—¿Y qué te ha dicho?

PEDRO.—Que hay una mujer que me busca.

NICOLÁS.—¡Tantas te buscarán!

PEDRO.—Que me busca para darme un golpe.

NICOLÁS.—¡Algo le habrás hecho tú á ella!

PEDRO.—¡Se trata de una anarquista, nihilista ó bolchevikista! Vamos, una cosa que acaba en ista: como quien dice... ¡Dios te asista!

NICOLÁS.—¿Y quién ha enterado á míster Dorriklam?

PEDRO.—El jefe de Policía, que á su vez lo ha sabido por el soplo de uno de los conjurados.

NICOLÁS.—Entonces el caso es grave.

PEDRO.—¡Y tan grave! Como que mi vida depende de un soplo.

NICOLÁS.—Tranquilízate: diré que el príncipe soy yo.

PEDRO.—¡Bonito remedio, porque en la duda de si tú eres yo, ó de si yo soy tú, nos van á dar el pasaporte á tú y á yo!

NICOLÁS.—¿Y qué te parece que debemos hacer?

PEDRO.—Renunciar á la corona.

NICOLÁS.—¿Bajo una amenaza de muerte? ¡Eso supone una cobardía!

PEDRO.—Que supongan lo que les dé la gana, porque mucho me duele pasar por cobarde,

pero más me dolería pasar por el aro. (*Acción de acogotar.*)

NICOLÁS.—¡Desgraciado país!

PEDRO.—¡Yo que me veía ya rico, poderoso!

NICOLÁS.—¡Lástima de trono!

PEDRO —No siento yo el trono, sino lo tronado que me pilla!

NICOLÁS.—Silencio, que viene gente.

ESCENA XI

Dichos; MOLLY; á poco, CONDESA, CONDE, y luego MISTER DORRIKLAM

MOLLY.—¿Pero es cierto lo que acabo de saber?

PEDRO.—Ciertísimo, por desgracia, Manolita.

MOLLY.—¿Y llamáis desgracia á una emoción? Porque hasta ahora no pasa de una emoción.

PEDRO.—Afortunadamente.

MOLLY.—¿Y es una mujer la que ha concebido el proyecto de atentar contra vuestra vida?

PEDRO.—Una mujer.

MOLLY.—Qué alma más grande.

PEDRO.—¡Canastos! Parece como si la tuvierais envidia.

MOLLY.—Me atraen las cosas extraordinarias.

PEDRO.—Vaya, que sois capaz de tomar billete de primera fila para presenciar el espectáculo.

CONDESA.—Vengo, señor, á felicitar á Vuestra Majestad por su temple de alma, digno de un rey.

PEDRO.—Conque ¿por mi temple?

CONDE.—(*A Nicolás.*) Supongo que en las actuales circunstancias no aconsejaréis á vuestro hermano que huya ante el peligro.

NICOLÁS.—Ningún príncipe de Sauria sabe lo que es hüir.

PEDRO.—Justo: ningún príncipe de Sauria sabe lo que es correr, pero hay plebeyos que parecen galgos.

DORRIKLAM.—Ya tenemos más datos, Majestad.

PEDRO.—Vengan esos datos.

DORRIKLAM.—Se trata de una muchacha de veinte á veintidós años, bastante instruída, que lleva algún tiempo en la emigración, é hija de un obrero que, por su significación revolucionaria, sufrió pena de muerte.

NICOLÁS.—¿Su nombre?

DORRIKLAM.—Juana Varsinoff; pero no existiendo en el registro que lleva la policía de vuestros compatriotas ninguna que se llame así, es de presumir que se halle en Pensilvania con nombre supuesto.

CONDESA.—¿Y no será alguna de las que concurran á la recepción de hoy?

DORRIKLAM.—Eso cree el jefe de policía.

PEDRO.—Pues se suprime la fiesta.

MOLLY.—¡Qué ridiculez!

Dorriklam.—El jefe de policía opina que debe celebrarse la fiesta, á la que él mandará agentes especiales que velarán por la preciosa vida de Vuestra Majestad.

Pedro.—¡Gracias, míster Dorriklam! *(Le abraza.)*

Dorriklam.—¿Por qué, señor?

Pedro.—Por lo de preciosa.

Condesa.—Y qué duda cabe que lo es.

Pedro.—Gracias, Condesa. (*La abraza.*)

Dorriklam.—¡Ah, otro dato! Dicen que es una mujer muy amante de la música y que sabe á la perfección los cantos populares de su país.

Nicolás.—¿Cómo decís...?

Condesa.—Ya sé quién es.

Pedro.—¿Quién?

Condesa.—La mecanógrafa.

Nicolás.—Imposible.

Pedro.—¡Luisa!

Condesa.—Vos me dijisteis que era de Sauria, é hija de un obrero victima de las luchas políticas.

Nicolás.—Efectivamente.

Condesa.—Y ella os pidió permiso para venir á cantar los aires populares de nuestro país en la fiesta de hoy.

Pedro.—¡Demonio!

Condesa.—Ella es, sin duda alguna.

Pedro.—¿Y decís que viene á cantar?

Condesa.—Eso mismo, señor.

PEDRO.—¡A cantarme el *gori-gori!* ¡Que no la dejan entrar!

CONDE.—Al contrario, que la dejen y ella caerá en la ratonera.

NICOLÁS.—Calma, hermano, calma. Yo respondo de Luisa: esto puede ser una equivocación; pero de todos modos debe celebrarse la fiesta. Yo estaré á tu lado: confía en mí. Mi vida responde de la tuya.

PEDRO.—¿Cómo? ¿Exponerte tú? ¡Tú, mi... mi hermano! ¿Y por mí? ¡Eso sí que no! ¡Tu vida vale cien veces más que la mía! ¡Ahora sí que me siento valiente! Conque mujeres á este hombrecito, ¿eh? ¡Vengan mujeres, que me traigan mujeres!

DORRIKLAM.—¡Así os quiero ver, ilustre huésped! *(Va á abrazarle y Pedro le rechaza.)*

PEDRO.—¡He dicho mujeres y no hombres, ilustre patrón!

MOLLY.—Ahí llegan vuestros compatriotas.

CONDE.—¿Os parece que les haga pasar, señor?

PEDRO.—Que pasen.

MOLLY.—De qué buena gana me cambiaría por vos en este momento.

PEDRO.—Y yo por Sansón.

MOLLY.—¿Para morir con los filisteos?

PEDRO.—Para que esa Dalila no me cortara más que el pelo.

ESCENA XII

Dichos, invitados, con traje de salón; LUISA y COLONIA SAURIENSE; vienen éstos vestidos con trajes pintorescos tirando á húngaros ó albaneses ó croatas.

MUSICA

SAURIENSES. (HOMBRES Y MUJERES.)
¡Salud al augusto monarca
del pueblo oriental,
que en él su destino fiando
le llama á reinar!
La Patria, que ingrata algún día
con él se mostró,
por fin hoy sus brazos le abre
henchida de amor.

PEDRO. Tanto honor, hijos de Sauria.

CONDE. Compatriotas, avanzad.

PEDRO. (No apartaos de mi lado.)

MOLLY. (No trae armas, descuidad.)

CONDESA. Dé la fiesta ya principio,
si os parece, Majestad.

PEDRO. (Sí que estamos para fiestas.)

MOLLY. (Decid algo.)

PEDRO. ¡Comenzad!

NICOLÁS y LUISA.
Lucen las flores
en el pensil sus colores:

las hay emblema del dolor,
las hay emblema del amor.
¡Esa es mi flor!
Flor de romero
es la mujer que yo quiero
por su arrogancia,
por su fragancia,
por su color.
¡Oh flor bendita,
serás mi amor!

TODOS LOS SAURIENSES.

¡Yo así la quiero,
por el color
y el olor,
flor de romero!
¡Oh flor bendita,
serás mi amor!

(Durante el canto, las mujeres tocan los crótalos, los hombres los panderos y bailan el Danzarín y la Danzarina.)

HABLADO

DORRIKLAM.—Y ahora, señor, si á Vuestra Majestad le parece que pasemos al *buffet*...

PEDRO.—Con mucho gusto. (Al fin y al cabo, los duelos con pan son menos.)

DORRIKLAM.—Haced pasar á vuestros compatriotas, señor Conde.

PEDRO.—¿También á esa mujer?

NICOLÁS.—Esa mujer queda aquí conmigo: le he dicho que tengo que hablar con ella.

PEDRO.—¿Pero á solas?

NICOLÁS.—Naturalmente.

PEDRO.—¡Ay, hermanito!

NICOLÁS.—Déjame hacer y vé tranquilo.

PEDRO.—Como quieras. (Por lo que pueda ocurrir, yo cojo una real pítima.)

(*Música para el mutis; se van todos por la primera puerta de la derecha en la siguiente forma: primero, Pedro dando el brazo á Molly; después, Dorriklam dando el brazo á la Condesa, y detrás el Conde y los Saurienses.*)

ESCENA XIII

LUISA y NICOLÁS

LUISA.—¿Hemos de hacer algún trabajo urgente, señor ingeniero?

NICOLÁS.—Ninguno.

LUISA.—Entonces, ¿qué deseáis de mí?

NICOLÁS.—Deseo que hablemos, Juana Varsinoff.

LUISA.—¿Eh...? ¿Qué decís? (*Sorprendida.*)

NICOLÁS.—Me es conocido vuestro verdadero nombre.

LUISA. — ¿Mi verdadero nombre...? (*Temerosa.*)

NICOLÁS.—Y vuestros propósitos.

LUISA.—¿Mis propósitos...? (*Asombrada.*)

NICOLÁS.—Vuestros deseos de venganza, que podéis realizar ahora mismo.

LUISA.—¡Yo...?

NICOLÁS.—¡Sí, vos!

LUISA.—¿Pero qué estáis diciendo?

NICOLÁS.—La vordad; la verdad, que también leo en vuestros ojos.

LUISA.—(*Con despecho y tristeza.*) ¡Qué habéis de leer en mis ojos la verdad! ¡Estáis ciego hace mucho tiempo!

NICOLÁS.—¿Ciego yo? ¿Qué queréis decir, Luisa?

LUISA.—¡Sí, Luisa, Luisa! ¡Qué bien suena ese nombre en vuestros labios!

NICOLÁS.—Pero ¿no sois Juana Varsinoff? (*Ella vuelve la cabeza.*) Pero ¿no me odiáis?

LUISA.—¡Odiaros yo...! ¡Veis cómo es verdad que estáis ciego!

NICOLÁS.—Pues bien: el príncipe de Sauria no es mi hermano.

LUISA.—¿Quién es entonces? (*Alarmadísima.*)

NICOLÁS.—¡Yo!

LUISA.—¡Vos...? ¡¡Dios mío!! (*Horrorizada.*)

MÚSICA

LUISA. ¡Oh, no, no es verdad!
¡Mentira es, sí; mentira!

¡Calmad la ansiedad
de un alma que delira!
¡El príncipe vos, qué espanto!
¡Decidme que no, por piedad!

NICOLÁS. ¡Oh, sí; sí es verdad:
no es tu alma que delira!
¡El príncipe soy,
no dije, no, mentira!
¡Ya puedes en mí vengarte,
sacia tu ira!
¡Si ello, por fin, ha de ser,
hiere, mujer!

LUISA. ¡Oh, caridad, caridad
esta mujer pide de vos

NICOLÁS. ¡Lástima verte me da!

LUISA. ¡Oh, no seguid, basta, por Dios!

NICOLÁS. ¡Si es tal tu odio, ven ya!

LUISA. ¿Odiaros yo? ¿Por qué motivo?
¡Odiaros yo, que amándoos vivo!
¡Mi afecto ya no pude contener:
os amo y os lo digo, aunque mujer!

NICOLÁS. ¡Es cierto, Luisa?

LUISA. ¡Sí; os amo!
¡Siempre esclava vuestra quiero ser!

NICOLÁS. ¡No; jamás esclava mía!
¡Estaba ciego:
tu amor no comprendía!

LUISA. ¡Sí; te quiero con locura!
Ama y perdona;
tu amor es mi ventura.

¡Quiéreme tú, mi bien;
no ciñas la corona,
que en el amor
sólo la dicha está,
y juntos, un edén
la vida entera será!

NICOLÁS. Mi labio te asegura
que no he de ceñir la corona
y que cifro en amar mi ventura.
¡Que en el amor
sólo la dicha está,
y juntos, un edén—la vida entera será!

HABLADO

(Sigue la orquesta hasta el final.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos; todos los personajes de la obra, invitados y saurienses.

PEDRO.—¡Aquélla es la criminal: detenedla! *(Señalando á Luisa: dos ó tres caballeros se dirigen á ella.)*

LUISA.—(¡Dios mío!)

NICOLÁS.—(¿Pero sois Juana Varsinoff?)

LUISA.—(¡Sí!)

NICOLÁS.—Atrás, señores; esta señorita es mi prometida.

TODOS.—¿Eh?...

CONDESA.—¡Su prometida!

PEDRO.—¡La reina!

CONDE.—¿Cómo la reina?

PEDRO.—¡Claro, si se casa con él!

DORRIKLAM.—¿Pero no sois vos el príncipe?

PEDRO.—¡Qué he de serlo!

DORRIKLAM.—¡Ah, pillo! *(Va á pegarle.)*

MOLLY.—*(Interponiéndose.)* Tiene gracia el engaño, pero mucha gracia, ¿verdad, papá?

PEDRO.—¿De modo que sigo haciéndoos gracia, á pesar de no ser más que varón?

MOLLY.—¿Y á qué otra cosa puede aspirar una mujer en estos tiempos?

PEDRO.—Esta es mi blanca mano.

MOLLY.—Esta es la mía.

PEDRO.—¡Rey del flexible, bendice á tus hijos!

CONDE.—¡Viva el rey de Sauria!

NICOLÁS.—Nada de rey, señores; no he de pretender una corona que costaría ríos de sangre.

CONDESA.—¡No amáis á vuestra patria!

NICOLÁS.—¡Amo á la humanidad!

PEDRO.—¿Renuncias al trono?

NICOLÁS.—¡El mejor trono de un príncipe está en el amor y en el trabajo!

PEDRO.—¡Viva nuestro ingeniero!

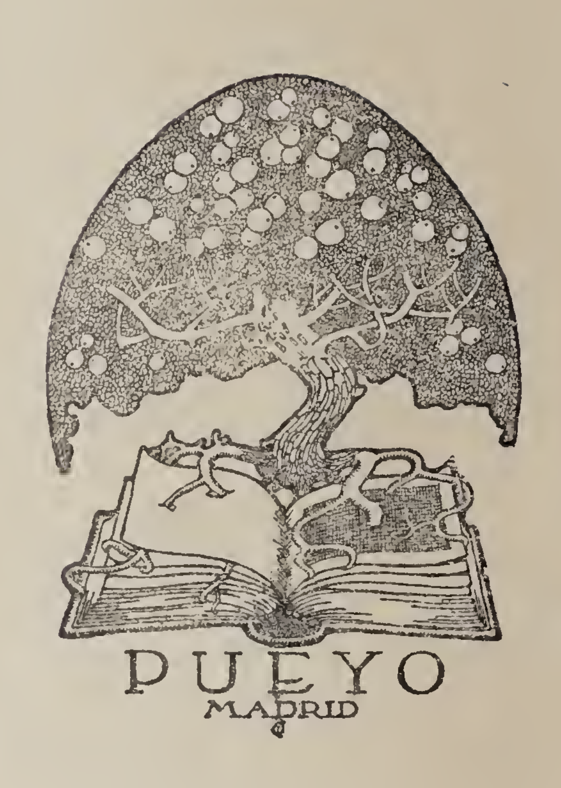
TODOS.—*(Menos la Condesa y el Conde.)* ¡Viva!

CANTO

PEDRO. ¡Hoy es día de ventura y de alegría!
¡Es el triunfo del *sport!*

TODOS. No es el triunfo del *sport* el de este día,
que es el triunfo, que es el triunfo
del amor.

TELÓN



Imp. Juan Pueyo.—Mad